

23: JOB, IMAGEN DE LA NUEVA CONCIENCIA

Hay tres libros de la Biblia, Jonás, Job y Rut, que se conocen como "literatura de protesta". Ya presentamos a Jonás en la sección dedicada a los profetas. Ahora veremos Job y Rut.

Para quienes no frecuentan los círculos religiosos, el libro de Job es probablemente el más conocido de toda la Biblia. Job aborda la pregunta más profunda del hombre y trata acerca de su temor más antiguo. Examina el sufrimiento humano, si tiene sentido o no, así como la ausencia de equidad y justicia. Como tal, el libro de Job tiene una contrapartida en todas las tradiciones religiosas del mundo. El gran psiquiatra del s. XX Carl G. Jung usó este libro como base para explorar las dimensiones de la vida humana en la que –quiero creer– es su obra más profunda: "*Respuesta a Job*". Entender por qué existe el mal y el sufrimiento ha sido siempre parte importante de la búsqueda humana. Nadie debería sorprenderse, por tanto, de que estos temas tengan un lugar en la Biblia.

La historia original de Job parece remontarse a los años entre el 1000 y el 800 a.C, y versiones de la misma aparecen en muchas naciones, lo cual hace sospechar que se trata de una narración humana universal. La versión bíblica de esta historia, sin embargo, no se escribió hasta en torno al 500 a.C. Podemos fecharla con bastante precisión porque refleja elementos de la religión persa que se incorporaron a la conciencia judía durante el exilio y después de él y esto fue en el siglo VI a.C. El libro de Job, por ejemplo, introduce la figura de Satán pero éste no es aún una figura maligna ni un ángel caído. Esto se desarrollaría posteriormente. En Job, Satán es simplemente parte de una corte celestial que actúa bajo el mando de Dios. El prólogo de este libro establece la escena del drama.

Dios y Satán están discutiendo la fidelidad del siervo ejemplar que es Job. Satán insinúa que la fidelidad de éste se debe sólo a que se le ha bendecido con riquezas y una gran familia. "¿Por qué no habría de ser fiel –pregunta Satán– puesto que el sistema de premios y castigos le favorece?". ¿Seguiría siendo fiel, se pregunta Satán, si su fidelidad no fuera recompensada tan abundantemente? Dios defiende la sinceridad de la fidelidad de Job pero acepta determinar quién tiene razón, si él o Satán. Dios autoriza a Satán para que pruebe a Job por un tiempo, y que le quite los premios de la vida a ver si entonces Job continúa siendo fiel. Así es como la tragedia cae sobre Job. Su riqueza desaparece, sus mujeres e hijos mueren y hasta se le arrebató la salud. Job, entonces, trata de reconciliar la creencia creída en su época de que Dios premia la fidelidad y castiga el mal, con su propia experiencia. Job es un hombre recto; de eso no hay duda: Dios mismo lo ha juzgado así al comienzo. Job, sin embargo, se ve herido ahora por las calamidades. Si las desgracias son consecuencia de la mala vida, se pregunta, ¿cómo puede su rectitud explicar sus desventuras? Así queda establecido el clima que da paso a la entrada de sus amigos.

Elifaz, Zohar y Bildad se enteran de las desgracias de Job y vienen a consolarlo. La conversación entre Job y sus amigos se extiende a lo largo de treinta capítulos. En apoyo de sus conclusiones, los amigos de Job comparten los supuestos de su época, considerados "verdades" indudables. Dios, en su perfecta justicia, premia a los rectos y castiga a los malos. Que Dios castigase a una persona recta no sólo sería inconcebible sino blasfemo. Los amigos de Job refuerzan sus argumentos citando las Escrituras, dado que la Biblia está llena de esta percepción tradicional de la justicia de Dios. Cada derrota sufrida por el pueblo de Israel a través de la historia se había interpretado como un castigo divino por su desobediencia. El mensaje de los profetas era claro al

respecto. Dios castigó al pueblo judío cuando el rey David hizo un censo que no era de su agrado. A Moisés se le castigó a morir sin ver la tierra prometida por haber desafiado a Dios en el desierto, en un lugar llamado Meribah. Dios había recompensado a Israel con el éxodo y el milagro del Mar Rojo por haber soportado fielmente sus sufrimientos bajo la opresión de los egipcios. La idea de que, si se obedece la ley y se adora a Dios debidamente, se puede contar con las bendiciones del cielo era uno de los pilares centrales de la religión popular judía. De no comportarse conforme a la Ley, la venganza de Dios sería segura y rápida. En lo más hondo, esta firme creencia salvaba al pueblo judío del sinsentido. Había propósito, no caos, en la vida. Este propósito se revelaba de la mejor manera para el hombre en el hecho de que el comportamiento humano controlaba la respuesta de Dios. La bondad humana ponía a Dios del lado del recto que recibía sus recompensas. La infidelidad y el mal traían la ira divina como retribución celestial perceptible ya aquí, en la tierra. Los amigos de Job confiaban en la rectitud de sus convicciones.

Al examinar las calamidades de Job, decidieron que las mismas tenían sólo una explicación posible: Job tenía que ser culpable de algún mal oculto, y ellos venían a ayudarlo a asumir su pecaminosidad, a rogar por el perdón y a buscar la misericordia de Dios. Se sentían compelidos a hacer que Job viera el pecado en su vida, creyendo que esta era la única forma de terminar con la tragedia. La corrección teológica era así confrontada con la experiencia humana y, como suele suceder, simplemente, no encajaban.

Job quedó solo frente a este conocimiento teológico común. Él sabía que no era merecedor de aquellos males. No podía negar la experiencia de su propio carácter, sabía que era honorable y honesto, que no sólo obedecía fielmente la ley sino que también rendía apropiado homenaje al Dios de sus ancestros. Pero también era consciente de que había perdido todo lo que valoraba: su familia, su fortuna y hasta su salud. En el momento más dramático de la historia, Job aparece sentado sobre un montón de basura, rascando sus heridas infectadas con un trozo de cerámica, a solas consigo mismo. Ninguna de sus desgracias tenía sentido a menos que él mereciera aquel trato. Sus amigos lo presionan para que se enfrente a la realidad y la admita, para que se juzgue malo y así tenga sentido tanto sufrimiento.

De este modo, el sentido mismo de la vida estaba en cuestión en este debate. Sólo admitiendo su maldad podía mantener Job a raya el profundo y perenne temor de la humanidad de que quizá no haya un Dios y que la realidad sea un sinsentido. Si no hay Dios, entonces quizá la vida es un caos regido sólo por el azar, el destino y la suerte; algo sin propósito alguno, sin sentido y sin cualidades de plenitud. Si tal fuera el caso, entonces la alternativa se reduciría sólo a esperar el azar de una bendición, porque nadie podría ganársela, o a soportar intensos sufrimientos si tal era el destino de uno, pero sin acceso a ninguna corte de apelación. Si el conocimiento teológico común no funciona, entonces Job tiene que decidir si Dios es injusto o si Dios no existe. Tal era el miedo innominado al que los amigos de Job se resistían, y, como todos los fundamentalistas teológicos, tal era la razón por la que presionaban a Job con tanto fervor a favor de su propio razonamiento.

Job, por otro lado, estaba deseando correr este enorme riesgo porque el conocimiento teológico común simplemente no interpretaba su experiencia adecuadamente. Con el inédito coraje de quien busca un nuevo descubrimiento, Job se enfrentó a las conclusiones de sus amigos, forzándolos a abrirse a una nueva alternativa.

El libro de Job no concluye con un acuerdo negociado sino con una nueva visión de Dios, cuya voz nos llega entre vientos huracanados para desafiar la incompetencia de cada intento humano por definir el modo de actuar de Dios y para desacreditar cualquier intento de definir lo santo. La

voz de Dios recuerda a Job que la mente humana no puede abarcar la realidad de Dios. "¿Dónde estabas tú cuando establecí los fundamentos del mundo?" Los caminos de Dios no son los de los hombres; una asunción teológica así sería fatalmente errónea.

La religión convencional se basa fundamentalmente en la arrogancia humana de creer que no sólo podemos discernir los caminos de Dios sino también controlar sus acciones. El sentido humano de la justicia se cree acorde con el sentido de la justicia de Dios. El intento humano de controlar el comportamiento de las personas refuerza el entendimiento teológico común, que se expresa en términos de premio y castigo y que obedece a la creencia de poder juzgar como si se fuera Dios. Cielo e infierno no son más que la afirmación de que la mente de Dios, tal como los seres humanos la hemos imaginado, actuará para premiarnos o castigarnos tras la muerte.

La religión crea, casi inevitablemente, un Dios a imagen y semejanza nuestra y luego trata de forzar la realidad para introducirla dentro de dicho marco. Ésta es la razón por la que no hay sistema religioso que sea eterno. Y es la razón también de que, cuando la experiencia humana ya no puede interpretarse adecuadamente dentro del marco religioso anterior, este marco comienza a morir.

Nunca es sencilla la muerte de un esquema religioso. El miedo que engendra la pérdida de la religión, o incluso lo que consideramos la muerte de Dios, sumerge a la vida humana en un mar potencial de falta de sentido que a menudo provoca negación emocional o fervor fundamentalista; y una violencia homicida contra quienes desbaratan las ficciones religiosas. No obstante, también produce siempre en algunos una emancipación dichosa de los males de la religión convencional. Son los vicios de la religión los que nos empujan, ya sea hacia una nueva opresión religiosa o ya sea hacia la construcción de una nueva interpretación acorde con el conocimiento secular. La lucha por una nueva interpretación expande nuestras conciencias hacia nuevas dimensiones del significado de ser humano, y es ahí donde nace la esperanza. Job pasó de ser un hombre valorado a ser motivo de escarnio y víctima de todos. Como Jesús en su vida pública hasta terminar condenado como culpable aun siendo inocente. Job resistió las conclusiones teológicas de su tiempo igual que los discípulos se resistieron a la insignificancia de la muerte de Jesús. Job se negó a permitir que su experiencia fuera interpretada según las categorías del pasado. El autor del libro de Job se resistió a la versión de la culpabilidad y a la lógica del castigo y del premio, y buscó alcanzar una nueva conciencia más allá de la relación entre inocencia y fortuna. Por eso Job es un icono donde podemos ver el cambio religioso operado por Jesús.

En estos tiempos experimentamos un cambio parecido. Nuestra experiencia deja inoperantes las respuestas de ayer. Los defensores de las respuestas antiguas están nerviosos. Los críticos de estas respuestas sienten en cambio la libertad. El Dios del ayer muere mientras procuramos descubrir el Dios del mañana. Job es un símbolo eterno de esta lucha.

- John Shelby Spong